
Égloga

Ramón María del Valle-Inclán

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7334

Título: Égloga

Autor: Ramón María del Valle-Inclán

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 1 de enero de 2022

Fecha de modificación: 1 de enero de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Égloga

Por un viejo camino de sementeras y de vendimias conducen un rebaño dos mujerucas de la aldea. La una, vieja y engalanada, es la ventera de la Venta del Frade, y la otra descalza y humilde la zagala que sirve allí por el yantar y el vestido.

En la paz de una hondonada umbría, dos zagales andan encorvados segando el trébol oloroso y húmedo, y entre el verde de la hierba, las hoces brillan con extraña ferocidad. Un asno viejo, de rucio pelo y luengas orejas, pace gravemente arrastrando el ronzal, y otro asno infantil, con la frente aborregada y lanosa y las orejas inquietas y burlonas, mira hacia la vereda erguido, alegre, picaresco, moviendo la cabeza como el bufón de un buen rey. Al pasar las dos mujeres, uno de los zagales grita hacia el camino:

—¿Van para la feria de Brandeso?

—Vamos más cerca.

—¡Un ganado lucido!

—¡Lucido estaba!... ¡Agora le han echado una plaga, y vamos al molino de Cela!...

—¿Van á dónde el saludador?... ¡A mi amo le sanó una vaca! Sabe palabras para deshacer toda clase de brujerías!

—¡San Berísimo te oiga!

—¡Vayan muy dichosas!

Las dos mujeres siguen adelante: buscan la sombra de los

valladares y desdeñan el ladrido de los perros que asoman feroces, con la cabeza erguida, arregañados los dientes. Las ovejas llenan el camino y pasan temerosas, con un dulce balido, como en las viejas églogas. Los pardales revolotean á lo largo y se posan en bandadas sobre los valladares de laurel, derramando con el pico el agua de la lluvia que aun queda en las hojas. En una revuelta del río, bajo el ramaje de los álamos, que parecen de plata antigua, sonrío un molino. El agua salta en la presa, y la rueda fatigada y caduca, canta el salmo patriarcal del trigo y la abundancia: su vieja voz geórgica se oye por las eras y por los caminos. La molinera en lo alto del patín, desgrana mazorcas con la falda recogida en la cintura y llena de maíz: grita desde lo alto al mismo tiempo que desgrana:

—¡Suras!... ¡Suras!...

Y arroja al viento un puñado de fruto que cae con el rumor de lluvia veraniega sobre secos follajes. Las gallinas acuden presurosas picoteando la tierra. El gallo canta. Las dos aldeanas salmodian en la cancela del molino:

—¡Santos y buenos días!

La molinera responde desde el patín:

—¡Santos y buenos nos los dé Dios!

A las saluciones siguen las preguntas lentas y cantarinas: las tres aldeanas hablan con una mano puesta sobre los ojos para resguardarlos del sol.

—¿Hay mucho fruto?

—¡Así hubiera gracia de Dios!

—¿Cuántas piedras muelen?

—Muelen todas tres: la del trigo, la del maíz y la del centeno.

—¡Conócese que trae agua la presa!

—En lo de agora no falta.

—¡Por algo decían los viejos que el hambre á esta tierra llega nadando!

La molinera baja á franquearles la cancela; pero la ventera y la zagala quedan en el camino hasta que una á una pasan las ovejas. Después, cuando el rebaño se extiende por la era, entran suspirando. La molinera hunde sus toscos dedos de aldeana en el vellón de los corderos.

—¡Lucido ganado!

—¡Lucido estaba!

—¿Por acaso hiriéronle mal de ojo?

—¡Todos los días se muere alguna oveja!

—¿Entonces, buscáis al abuelo?... Por ahí andaba... ¡Abuelo!
¡Abuelo!

Las tres mujeres esperan bajo el emparrado de la puerta. El gallo canta subido al patín. Las gallinas aun siguen picoteando en la hierba, y la molinera les arroja los últimos granos de maíz que lleva en la falda. Por el fondo del huerto, bajo la sombra de los manzanos, aparece el abuelo: un viejo risueño y doctoral, con las guedejas blancas, con las arrugas hondas y bruñidas, semejante á los santos de un antiguo retablo, conduce lentamente, como en procesión, á la vaca y al asno, que tienen en sus ojos la tristeza del crepúsculo campesino. Tras ellos camina el perro, que, cauteloso, va acercándose al rebaño, y le ronda con las orejas bajas y la cola entre piernas. El viejo se detiene y levanta los brazos sereno y profético:

—¡Claramente se me alcanza que á este ganado vuestro le han hecho mal de ojo!...

La ventera murmura tristemente:

—¡Ay!... ¡Por eso he venido!...

El viejo inclina la cabeza. Las ovejas balan en torno suyo, y las acaricia plácido y evangélico. Después murmura gravemente:

—¡Valeros!... ¡No puedo valeros!...

La ventera suspira consternada:

—¿No sabe un ensalmo para romper el embrujo?

—Sé un ensalmo, pero no puedo decirlo. El señor abade estuvo aquí, y me amenazó con la paulina... ¡No puedo decirlo!...

—¡Y hemos de ver cómo las ovejas se nos mueren una á una!... ¡Un ganado que daba gloria!...

—¡Sí que está lucido! ¿Aquel virriato es todavía cordero?

—¡Todavía cordero, sí, señor!

—¿Y la blanca de los dos lechazos, parece cancina?

—¡Cancina, sí, señor!

El viejo volvía á repetir:

—¡Sí que está lucido! ¡Un ganado de regalía!

Entonces la ventera, triste y resignada, volvióse á la zagala:

—Alcanza el virriato, rapaza...

Adega corrió asustando al perro, y trajo en brazos un cordero blanco con manchas negras, que movía las orejas y balaba. Al acercarse, en los ojos cobrizos de su ama, donde temblaba la avaricia, vió como un grito de angustia el

mandato de ofrecérselo al viejo. El saludador lo recibió sonriendo:

—¡Alabado sea Dios!

—¡Alabado sea!

La ventera, arreglándose la cofia, dijo con malicia de aldeana:

—Suyo es el cordero... ¡Mas tendrá que hacerle el ensalmo para que no se muera, como los míos!

El saludador sonreía, pasando su mano temblorosa y senil por el vellón de la res.

—Le haremos el ensalmo sin que lo sepa el señor abade.

Y sentándose bajo su viña, quitóse la montera, y con el cordero en brazos, benigno y feliz como un abuelo de los tiempos patriarcales, dejó caer una larga bendición sobre el rebaño, que se juntaba en el centro de la era yerma y silenciosa, dorada por el sol.

—¡Habéis de saber que son tres las condenaciones que se hacen al ganado!... Una en las hierbas, otra en las aguas, otra en el aire... ¡Este ganado vuestro tiene la condenación en las aguas!

La ventera escuchaba al saludador con las manos juntas y los ojos húmedos de religiosa emoción. Sentía pesar sobre su rostro el aliento del prodigio. Un rayo de sol, atravesando los follajes de la parra, ponía un nimbo de oro sobre la cabeza plateada del viejo: alzó proféticamente los brazos, dejando suelto el cordero, que permaneció echado en sus rodillas.

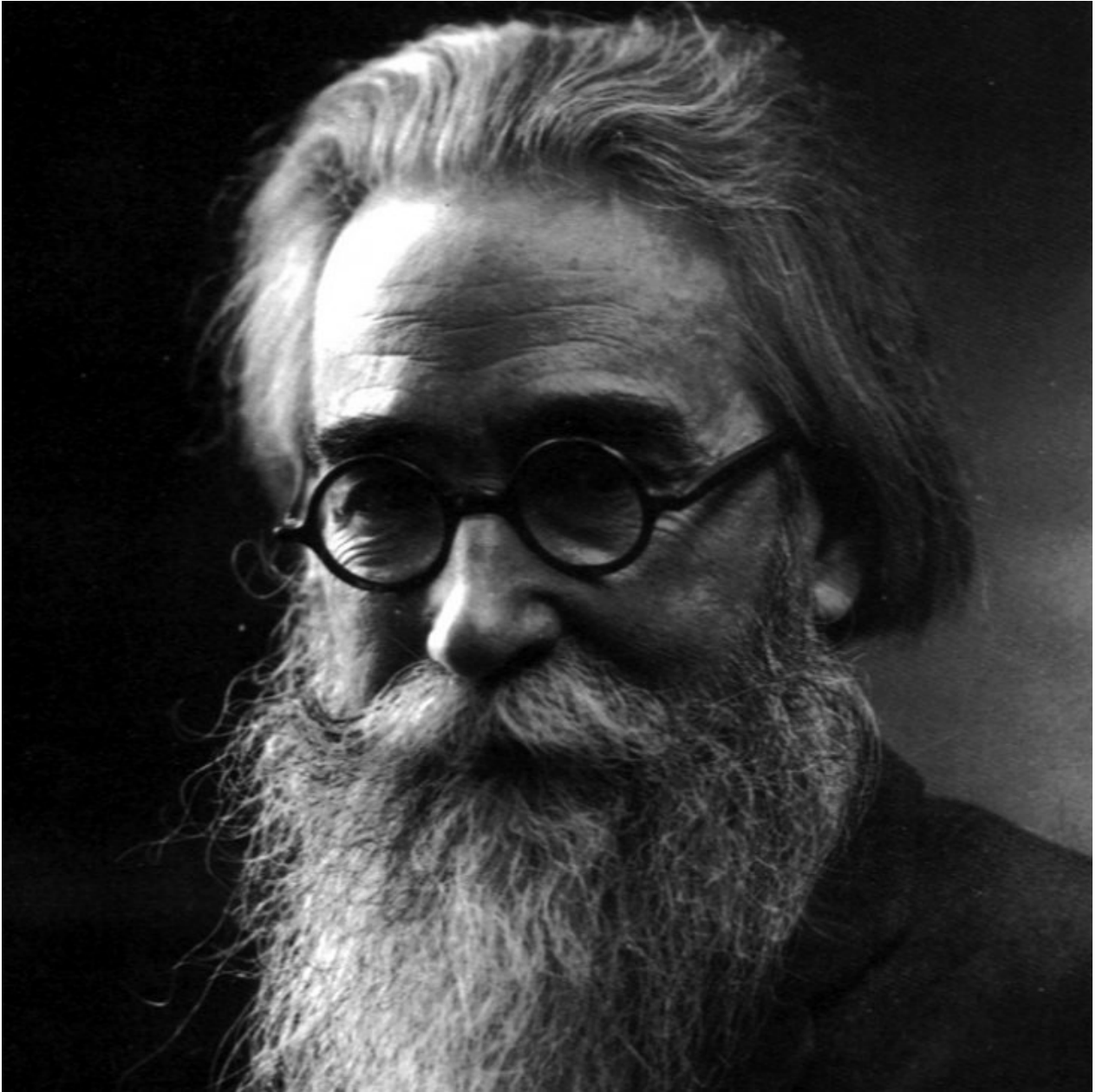
—La condenación de las aguas solamente se rompe con la primera luna, á las doce de la noche. Para ello es menester llevar el ganado á que beba en fuente que tenga un roble, y esté en una encrucijada...

Dejó de hablar el saludador y el cordero saltó de sus rodillas. La ventera, con el rostro resplandeciente de fe, cavilaba recordando dónde había una fuente que estuviese en una encrucijada y tuviera un roble, y entonces el saludador le dijo:

—La fuente que buscas está cerca de San Gundián, yendo por el camino viejo... Hace años había otros dos: una en los Agros de Brandeso, otra en el atrio de Cela, pero una bruja secó los robles.

Después la ventera aun seguía hablando con el saludador, mientras la pastora arreaba las ovejas que, afanosas por salir al camino, se apretaban, estrujándose entre los quicios de la cancela.

Ramón María del Valle-Inclán



Ramón Valle y Peña (Villanueva de Arosa, 28 de octubre de 1866-Santiago de Compostela, 5 de enero de 1936), también conocido como Ramón del Valle-Inclán o Ramón María del Valle-Inclán, fue un dramaturgo, poeta y novelista español, que formó parte de la corriente literaria denominada modernismo en España y se encuentra próximo, en sus últimas obras, a la denominada generación del 98. Se le

considera uno de los autores clave de la literatura española del siglo XX.

Novelista, poeta y autor dramático español, además de cuentista, ensayista y periodista. Destacó en todos los géneros que cultivó y fue un modernista de primera hora que satirizó amargamente la sociedad española de su época. Nació en Villanueva de Arosa (Pontevedra) y estudió Derecho en Santiago de Compostela, pero interrumpió sus estudios para viajar a México, donde trabajó de periodista en El Correo Español y El Universal. A su regreso a Madrid llevó una vida literaria, adoptando una imagen que parece encarnar algunos de sus personajes. Actor de sí mismo, profesó un auténtico culto a la literatura, por la que sacrificó todo, llevando una vida bohemia de la que corrieron muchas anécdotas. Perdió un brazo durante una pelea. En 1916 visitó el frente francés de la I Guerra Mundial, y en 1922 volvió a viajar a México. Por su vinculación con el carlismo en 1923 fue nombrado caballero de la Orden de la Legitimidad Proscrita por Jaime de Borbón y Borbón-Parma.

Respecto a su nombre público y literario, Ramón del Valle-Inclán es el que aparece en la mayoría de las publicaciones de sus obras, así como en los nombramientos y ceses de los cargos administrativos institucionales que tuvo en su vida. El nombre de Ramón José Simón Valle Peña sólo aparece en los documentos de la partida de bautismo y del acta de matrimonio. Como Ramón del Valle de la Peña sólo firma en las primeras colaboraciones que realiza en su tiempo de estudiante universitario en Santiago de Compostela para *Café con gotas*. Semanario satírico ilustrado. Con el nombre de Ramón María del Valle-Inclán se le encuentra en algunas ediciones de ciertas obras su época modernista, así como en un texto igualmente de su época modernista, que responde a una particular «autobiografía». No sólo él mismo toma a veces este nombre durante esta época literaria, sino que también Rubén Darío igualmente así le declama en la «Balada laudatoria que envía al Autor el Alto Poeta Rubén» (1912). Por otra parte, tanto en la firma ológrafa que aparece en

todos sus textos manuscritos, como en el membrete del papel timbrado que utiliza, sólo indica Valle-Inclán, a secas.